

No es pacto, es sistema

Tras desviar miles de millones de pesos, entre años el ex gobernador de Veracruz podrá quedar en libertad. La ASF detectó que en 2017 el gobierno del Estado de México desvió mil 40 millones de pesos de fondos federales destinados a programas de salud, pero el responsable último de tamaña anomalía, el ex gobernador, ya está protegido en el Senado. (Sin Embargo, 26/09/18). ¿Sorprende lo anterior? No, pues ese tipo de situaciones son desde hace mucho parte de los “usos y costumbres” del sistema.

Algunos observadores han insistido en explicar tanto la corrupción como las violaciones a los derechos humanos, por la existencia de “pactos de impunidad”. De ser así, bastaría con identificar a pactos y participantes y actuar en consecuencia para cambiar una situación inaceptable. Sin embargo, quizá ese enfoque no sea el mejor para explicar lo profundo, complejo y arraigado de la omnipresente corrupción y abuso del poder.

Un pacto es un acuerdo entre dos o más partes que generalmente no se sustenta en un documento formal. Quienes ven el desastre mexicano como resultado de pactos de inmunidad entre autoridades, suponen que se trata de fallas en las instituciones públicas. Sin embargo, la experiencia sugiera que la impunidad no es una anomalía de gobierno, sino que la impunidad ¡es el sistema de gobierno! Desde su origen, la actual estructura de poder se consolidó teniendo a la impunidad como parte esencial de su naturaleza. Se trata de un rasgo sistémico y que va más allá de cualquier pacto o sería de pactos posibles.

Para mejor explicar la naturaleza estructural de la impunidad mexicana se puede partir de un hecho evidente: desde que adquirió forma y contenido nuestro Estado nacional, básicamente después de la restauración de la República en 1867, y sobre todo a partir de la reelección sistemática de Porfirio Díaz en los 1880, se fueron configurando dos sistemas o reglas de gobierno paralelas. Por un lado, estaba el sistema formal, cuya columna vertebral era la Constitución de 1857. Esa Constitución suponía una República conformada por ciudadanos, democrática, federal, con división de poderes y con todas las libertades y garantías individuales propias de un... basado en un hombre fuerte, con reelección sistemática en la presidencia a partir de 1884, que negó la división de poderes —el congreso y la Suprema corte respondían a sus deseos— subordinó a los gobernadores y municipios, controló a la prensa y sólo dejó actuar políticamente, y dentro de límites estrechos, a personajes y grupos afines. Más que el Ejército, el instrumento de fuerza que le permitió imponerse sobre una sociedad de pocos ciudadanos y muchos súbditos, fue su alianza con las oligarquías regionales y nacional —donde destacaban los extranjeros—, la administración de los conflictos locales vía las jefaturas políticas y la acción de los cuerpos de rurales.

En ese contexto, el sistema formal simplemente sirvió de velo para cubrir al que realmente operaba, el autoritario y personalista que giró alrededor del “necesario” Porfirio Díaz. El castigo o la impunidad la decidían Díaz y sus delegados. No la justicia.

Tras la Revolución de 1910, los dos sistemas volvieron a emerger. El nuevo marco constitucional, además de poseer las características democráticas formales de la época, añadió los derechos sociales en beneficio de las clases populares. Sin embargo, desde el inicio adquirió preponderancia el otro sistema, el no legal, pero realmente imperante. El sistema político real usó a la Constitución de 1917 como velo para ocultar su verdadera naturaleza, la autoritaria, y lo hizo bastante bien. Por otro lado, perfeccionó su operación.

A partir de 1935, la figura centralizadora del poder fue también el presidente, pero acotado por la no reelección, lo que institucionalizó la renovación de la élite. Aceptó lo que Díaz había rechazado: a un gran partido de Estado y le proveyó de una base de sustento masiva y organizada: CNC, CTM, CNOP, etcétera. El ejército terminó por quedar fuera del partido, pero en la práctica mantuvo su papel como la gran estructura de apoyo de última instancia del régimen.

Tanto en el Porfiriato como en la postrevolución, la ausencia de unos poderes Legislativo y Judicial autónomos, de organizaciones independientes de la sociedad civil, de partidos fuertes de oposición y de medios de información libres, llevaron a que, en la práctica, la impunidad de funcionarios y sus asociados –los poderes fácticos—fuera la regla. Sólo el presidente o, en asuntos secundarios, el Ejecutivo local, podían llamar a cuentas a corruptos y arbitrarios. Y cuando lo hacían, el motivo no era “aplicar la ley”, sino castigar a enemigos y desleales. Y cuando se empleaba la fuerza, como en octubre de 1968, por citar un caso hoy recordado, no había recurso legal que pudiera proteger a quien era blanco del enojo del Ejecutivo.

Si el diagnóstico anterior vale, entonces, la coyuntura actual –cambio de gobierno y de régimen—abre a México la posibilidad de poner fin a la histórica dualidad de reglas en el juego del poder y tener no solo sistemak, real y legítimo. Ojalá así sea

ARTICULO DE RICARDO ROCHA: Octubre 03 del 2018

El 68 que no se me olvida

Alguna vez me pidieron un currículum híper sintético. Mandé dos datos: nací en Tepito y entré a nuestra UNAM en el 68. Son los dos hechos que me definen. Años después cuando lo del video de Aguas Blancas, dijeron en Gobernación que fui líder estudiantil de aquel movimiento y luego instigador de guerrillas. Como si recién llegado me hubiera convertido en dirigente: Lo que sí es cierto y me llena de orgullo es haber participado en aquellos ríos de miles de jóvenes que llenaron las plazas y los corazones de millones de mexicanos. Todavía me tiemblan las manos por los nervios de la brocha pintando consignas por el rumbo de La Castañeda en Mixcoac. Después de todo, si se necesitaba estar un poco loco para desafiar la madrugada o

la amenaza de una patrulla: “seamos realistas, pidamos lo imposible”. O las piernas hechas gelatina cuando en el boteo de un camión se subieron dos policías y aquella anciana me sentó a su lado, escondió el bote en su chal y me apapachó como si fuera su nieto, hasta que los sabuesos se bajaron.

La verdad, no sé cómo empezó todo. Seguro que una ensoñación personal y luego un gran sueño colectivo. Poco a poco más mítines y con más gente. Y las consignas en las voces de aquellos en los que creímos y seguimos: un alto inmediato a la represión; la exigencia de justicia y el rechazo total a un gobierno violento y autoritario. Y flotando en el aire, envolviéndolo todo, un deseo todavía indefinible, pero naciente y hasta ingenuo, de apertura al ejercicio de la libertad en México. Porque sentíamos que cada paso que dábamos en la calle nos hacía más libres. Así que la indignación tenía también esa otra cara del regocijo y el alborozo.

Incluso, sin palabras, esa emoción interna fluía entre nosotros y hacia quienes nos alentaban desde las banquetas en la memorable Marcha del Silencio del 13 de septiembre con los miles que colmamos el Zócalo, hasta que los tanques rodearon la plaza: ¡No corran compañeros, sentados, sentados, nos quieren provocar! Lo que es el destino, dos semanas después no fui a Tlatelolco a causa de los señores Servitje. Si, los de Bimbo. Y es que trabajaba por las tardes en una agencia de viajes en la glorieta de Colón. Según yo, me iría caminando a las Tres Culturas...

Paradójico: hace unos días, en la que fue mi casa por tanto tiempo, se retransmitió un programa que realicé hace 20 años, sobre el dos de octubre. Fue un brutal, doloroso pero también reconfortante ejercicio de memoria. De él rescato algunas frases de mis entrevistados: “fue una odiosa, criminal y cobarde trampa” Buho: “lo terrible es tener 20 años y estar preso” González de Alba: “más que una protesta, los estudiantes llamamos a un cambio social” Pino; “fue una valientísima demostración contra la inmensa fuerza del sistema” Monsi; “más que una revolución fue la instauración de una verdadera democracia” Paz. Así que lo que hoy está ocurriendo en este país no es casual, sino causal. Desde hace 50 años. Fue que el nuevo gobierno esté a la altura de esa memoria.